

## EL MOVIMIENTO LITERARIO DEL "COLONIALISMO" \*

(En el homenaje a Francisco Monterde)

MÉXICO, 1918. El país siente y sufre todavía, y muy agudamente, las convulsiones de la revolución. La ciudad capital, que aún tiene frescos y recientes los horrores de la Decena Trágica, en 1913, y el terrible año de 1915, con balaceras por todos los rumbos y la epidemia de tifo en casi todas las casas, la ciudad capital goza de cierta paz, pero ominosa y tensa.

En el Palacio Nacional, todavía de fachada amarilla y chaparra —"estatura de niño y de dedal"— las patriarcales barbas y el aire imperturbable del presidente no bastan a llevar la tranquilidad a nadie. Los jefes militares, con sus austeros y feos uniformes carrancistas, frecuentes bigotes "a lo kaiser" y duras miradas, y la soldadesca con abundantes carrilleras, proliferan en las calles de la ciudad, medio provinciana, con huellas de incendios, impactos de balas y muchos destrozos en sus fachadas coloniales o porfiristas. Un día, a la entrada del bosque de Chapultepec, hay un rápido tiroteo entre políticos y herido el diputado Portes Gil. Otros días las pistolas disparan dentro de la misma Cámara de Diputados, pero eso no impide que a pocos metros de allí, Esperanza Iris, en el apogeo de su fama, Emperatriz de la Opereta, inaugure su teatro con butacas y alfombras rojo granate, figuras de senos ubérrimos en el estuco de los palcos y falsos gobelinos en el *plafond*.

México, 1918. El ambiente intelectual es precario. Si antes no fue abundante, ahora está empobrecido pues muchos escritores están en el extranjero: unos porque no se adhirieron francamente y en el primer momento a la facción triunfante y otros condenados al exilio por haber servido a las facciones vencidas. Pero acaso la ausencia de los viejos haya sido un factor que propiciara la llegada de los nuevos.

Por estas calles, que tanto han visto en sus cuatrocientos años, entre las carretelas ya declinantes y los mínimos pero ruidosos camiones incipientes, codeándose con los militares bigotudos y con los múltiples provincianos recién llegados, mirando su ciudad dislocada por los recientes sucesos, pero cuyos palacios y casonas ofrecen un vivo recuerdo de señorío, cultura y añoranza, discurre un

\* Leído en el homenaje a don Francisco Monterde, organizado por la Biblioteca Nacional, en ocasión de celebrar el cincuentenario de haber aparecido su libro *El madrigal de Cetina*, la noche del 27 de noviembre de 1968.

joven muy delgado, de apellido muy largo y de anteojos muy redondos, sus dedos repasan las páginas nuevas de un librito sutil, del que ejemplares hermanos están siendo colocados en los escaparates de algunas librerías; el pequeño y fino libro muestra un largo nombre y un título evocador: Francisco Monterde García Icazbalceta — *El madrigal de Cetina* y *El secreto de la escala*.

En ese momento de nuestra historia, en torno a la década de la lucha armada, surgen diversas corrientes en las letras y en el arte de México: unas que miran hacia afuera, a lo que acontecía en el mundo, también estremecido por la Primera Guerra Mundial y los ajustes o desajustes subsecuentes, y otras, en mayor número, vueltas hacia adentro de nuestras fronteras, mirando hacia los sucesos, las cosas y los modos nacionales.

Del mirar hacia afuera se originaron el estridentismo y el movimiento que, por algunos años, cuajó en el grupo llamado "los contemporáneos". No es este el momento de discutir si ese grupo fue tal, rigurosamente, ni de analizar los distintos valores de dichas modalidades literarias.

El mirar hacia adentro de lo nacional —no quiero decir nacionalismo— resultó más prolífero; seguramente porque la agitación nacional fue tan intensa y tan profunda que removió desde las espumas hasta los pozos subyacentes en el fondo de las clases, instituciones, costumbres e ideas de la nación, y en todo eso encontraron posibilidades los artistas que quisieron y supieron aprovecharlas.

Algunas de estas posibilidades o, digamos mejor, direcciones, fueron, por ejemplo: el pasado inmediato o casi presente de la revolución, el pasado remoto del virreinato, el folklore y el arte popular, el contenido social de la revolución, los valores de la provincia hasta entonces casi ignorados o al menos menospreciados por la europeización capitalina, etcétera. Y así se fueron produciendo, coincidentes o sucesivas, distintas corrientes artísticas que, en una incompleta y desordenada enumeración, podríamos recordar: las obras arquitectónicas de tezontle y cantera inspiradas en las del siglo xviii, los aspectos nacionalistas de la pintura de Saturnino Herrán, la labor divulgadora de Frances Toor en su *Mexican Folkways*, que sin duda influyó en ciertos artistas del grabado, los frescos y encaústicas que iniciaron la pintura muralista mexicana. En cuanto a las letras: el provincialismo en la poesía de González León y de Ramón López Velarde, la prolífica novela de la revolución y la

literatura colonialista a la cual, ahora, quiero referirme concreta pero brevemente.

Genaro Estrada, colonialista ameritado por varios títulos, en páginas donde alterna la erudición y lo novelesco con una crítica profunda, disimulada por la ironía y hasta la burla, decía, en 1926, cosas como éstas: "Tiene la literatura mexicana, entre sus particularidades . . . un género colonizante . . . que adquirió ya una suma de atributos esenciales cuyo catálogo completo no es difícil ahora de rehacer y debe formarse sin pérdida de tiempo . . ." <sup>1</sup> Y líneas adelante agrega: "Había de surgir y surgió en efecto . . . la creación de una literatura que engordaba a ojos vistas con el evidente saqueo de esas sabrosas crónicas y leyendas en que son maestros reconocidos en América el peruano Palma y el mexicano González Obregón." <sup>2</sup>

La pérdida de tiempo aludida por don Genaro es ya irremediable: más de cuarenta años han pasado y el catálogo que él pedía no ha sido formado, además de que lo que entonces era fácil ya hoy dista de serlo; mas nada de eso quita que deba insistirse en ello, porque para el estudio integral de la literatura colonialista, estudio que tampoco ha sido hecho, es evidente que lo primero es la bibliografía directa de la misma, tanto más cuanto que de esa modalidad, que floreció sobre todo en el cuento y en el relato, escasa porción se encuentra en volúmenes y mucha yace en las publicaciones periódicas de los años veintes.

En cuanto a que esa literatura se nutrió, hasta la obesidad, con el "evidente saqueo" de las crónicas de don Ricardo Palma y don Luis González Obregón, sería grave error tener por cierta al pie de la letra, frase que, como muchísimas de su autor, rebosa ironía y hasta donosa burla, de que tanto gustaba el socarrón bromista que fue don Genaro Estrada.

Porque la verdad es que, analizadas desde los ángulos de la historia de la literatura y de la teoría literaria, hay radicales diferencias entre la obra de aquellos dos ilustres escritores y el acervo de la literatura colonialista de la post-revolución mexicana.

Don Ricardo Palma fue, esencialmente, un historiador, y nadie puede dudar que lo mismo debe afirmarse respecto a don Luis González Obregón. Las *Tradiciones*, de Palma, están fincadas en

<sup>1</sup> En Genaro Estrada: *Pero Galín*. México, Editorial Cultura, 1926, p. [9].

<sup>2</sup> *Idem*, p. [20].

cultivando el relato "colonialista", en las páginas de aquel pequeño y fino libro, publicado hace cincuenta años, que lucía en su portada un título evocador: *El madrigal de Cetina* y el nombre de su autor, entonces muy joven y hoy muy ilustre: Francisco Monterde.

Salamanca, 22 de noviembre de 1968.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS